

Porto Èrcole, 18 de julio de 1610.

**T**ambaleándose, dando traspiés a cada paso, respirando cada vez con más dificultad, el pintor gastaba sus últimas fuerzas en seguir caminando por aquella playa solitaria, batida a ratos por un molesto viento que levantaba remolinos de arena y envolvía su cuerpo como un caliente y pegajoso sudario. Quizás fuese aquel un viento favorable para cualquier navío que se dirigiera al puerto de Civitavecchia, cercano a Roma, pero su barco había zarpado sin él. Lo había perdido todo definitivamente. De pronto el dolor se vuelve tan insoportable que Merisi cae de rodillas sobre la arena, encorvado, apretando con sus manos la boca del estómago, como si con eso pudiera aplacar la furia de ese animal hambriento que le devora las entrañas. Trata de levantarse pero sus piernas apenas le responden, y nuevas y violentas arcadas le hacen vomitar una sangre negruzca y fétida. No era disentería, de eso estaba bien seguro; él la había padecido años antes y sabía que no era esa enfermedad. ¡Un veneno! Recordó al capitán español que le había obligado a bajar del barco confundiénolo con otro, y que luego, amistoso y condescendiente, tras excusarse por la “confusión” (buscábamos a un caballero maltés y creímos que erais vos), le alargó una bota de vino. Merisi la rechazó amablemente, pero un soldadote se puso delante de él, con los brazos en jarras y el ceño fruncido: “¡eh, tú!, hombre sin cara, ¿no quieres brindar por el buen rey Felipe?” Y bebió. Era un vinazo áspero, infame, que se acomodó en sus tripas peor que agua sucia.

El dolor le concede una tregua, y Merisi reflexiona sobre quién puede haber sido el causante de su desgracia. Cada vez está más convencido de que todo lo ha urdido el cardenal Del Monte, su protector de otros tiempos, su valedor, su amigo de antaño, su... sí, su impulsivo amante de los primeros años en Roma; pero un día, sin explicación alguna, monseñor le cerró

las puertas de su alcoba, y años después, y cuando más necesitaba de su protección, las de su palacio, aunque... “Te seguiré ayudando ocurra lo que ocurra”, le prometió el cardenal, “pero es mejor que abandones Roma”. Sin embargo esos soldados lo habían envenenado por mandato suyo. “Maté por él, ¡por él!, ¡y así me lo agradece!”. Y en su delirio oye las risotadas del cardenal, que se burla de un Merisi de rostro deforme, y por un momento cree vislumbrar los rasgos de Ranuccio y de sus otras víctimas en las dunas que lo rodean, cabezas de arena que simulan facciones de muertos, espectros que acuden a esa playa para darle una macabra bienvenida y acompañarlo al Infierno.

Un nuevo retortijón, más terrible aún que los anteriores, lo derriba por tierra. Esta vez se vomita encima sangre mezclada con pequeños trozos de vísceras. Sabe que ha llegado el momento, y le parece una amarga ironía morir bajo un cielo luminoso y un sol cegador, y no envuelto entre esas sombras que tanto ha pintado, no sumido en las tinieblas por las que se le conoce. Pero, si lo piensa bien, es lo justo. Él, Michelángelo Merisi da Caravaggio, el monstruo, el hombre sin rostro, el pintor de la oscuridad, el artista de la muerte y de los muertos, como llegó a proclamarse entre amargo y orgulloso, morirá como un perro, abandonado y solo, en una desierta playa de la costa de Italia.

Jalones de Abajo, Comunidad de Madrid. Primavera de 2005.

Aquel edificio cambiaba de fisonomía conforme iba acercándose a él, pues si de lejos su aspecto parecía el de un amplio y confortable colegio o facultad universitaria aislada en medio de un inmenso erial, ahora, a menos ya de trescientos metros, la mole aquella tenía el aspecto de un geriátrico de alto *standing* o de una de esas modernas residencias en donde los ejecutivos tratan de curar sus destrozados nervios. En aquella cárcel hasta las garitas de los guardias estaban “maquilladas” para no asemejarse a esas casernas broncas que mencionaban las coplas carceleras y que aún perviven en la imaginación popular, la mitología cutre de penales con galerías de perpetuas y rocambolescas fugas del Lute. Pero al llegar al aparcamiento la realidad de la cárcel se le vino encima con toda su crudeza: una familia gitana (más bien una tribu) almorzaba en torno a un viejo y destartado coche; dos moros acucillados junto a su menesteroso vehículo esperaban a que se cumpliera la voluntad de Alá o quizás desesperaban de su cumplimiento, mientras a pocos metros dos mujeres con pinta de rumanas o búlgaras discutían a gritos. Un regusto agrio le subió del estómago a la boca, y a la vez que se preguntaba qué diablos hacía allí, Patricio Almela sintió por un momento ganas de dar media vuelta en la rotonda central de aquel parking al aire libre y salir de allí pisando a tope el acelerador de su vehículo. Pero no lo hizo.

Sólo la cárcel le provocaba tanta aprensión como el cementerio y mucho más miedo. En un cementerio, si reflexionamos bien, no hay motivo para temer nada; el miedo a los muertos es instintivo pero irracional y hasta absurdo, ¡es a los vivos a los que hay que temer y de quienes hay que prevenirse! Y lo cierto es que las prisiones reunían la más acendrada colección de vivos peligrosos, aunque en los tiempos que corren, consideraba él no sin razón, el peligro se había extendido por todas

partes, ya no podía uno andar por la calle ni estar en casa ni dormir tranquilo, y era la gente honrada la que llenaba de barrotes sus hogares y vivía presa del temor. Pero Patricio se sentía mal en aquel sitio, y cuando bajó del coche hasta notó enraecido el aire, casi irrespirable.

Se le vinieron a la cabeza imágenes de una película que le impresionó mucho cuando la vio de niño. Al protagonista lo condenaban a cadena perpetua por un delito que no había cometido. A ese niño imaginativo y sensible que era él le sobrecogió la monotonía grisácea de aquellos muros hoscos, de esos corredores y celdas no menos grises en cuyas paredes se proyectaba la sombra de barrotes y rejas. A él siempre le impresionó más el blanco y negro de las películas antiguas que los tonos brillantes de las historias en color; la sangre casi negra que brotaba de las heridas en los filmes añosos, el horror daltónico de las escenas de suspense o miedo, o la inquietante simplicidad de la naturaleza nocturna lo aterrorizaban mucho más que el festival de sangre “salsatomatera” de las películas en technicolor.

Pero el edificio que tenía ante sí, como pudo comprobar al bajar de su coche, era de apariencia agradable, al menos por fuera. Tanto los muros exteriores, recubiertos de una piedra artificial que imitaba al travertino, como la disposición de los vanos, invitaban a un sosiego que, sin embargo, no abundaba mucho entre los que aquella mañana de sábado acudían a esa penitenciaría para visitar a los reclusos. Nada más franquear la amplia puerta de entrada, vio cómo un agente cacheaba a un árabe barbudo con aspecto de integrista; su mirada se cruzó con la de Patricio, y éste advirtió en los ojos de ese agareno un odio loco azulado por el más furioso yihad y con un hambre antigua de ramadan, abstinencias y degüellos. Entonces se avivó su malestar, su miedo, y dio un paso atrás. La exclamación de la gitana vieja que iba tras él fue más que elocuente, “¡ay, mira el payo, y qué pisotón me ha dao, que me voy a cagar en sus muertos!”

Franqueó dos controles antes de llegar a la zona de los locutorios. En el primero, y tras pasar bajo el arco de detección de metales, hubo de volver a repetir la operación porque había olvidado sacar las llaves del bolsillo y colocarlas en la bandeja; en el segundo, enseñó de nuevo su carné de identidad, y a preguntas del funcionario aclaró la clase de relación que lo unía a Lucas Belmar. “Es mi hermano político”. Se arrepintió de haber utilizado esa expresión, porque si “cuñado” le parecía vulgar, “hermano político” le sonó en ese momento bastante cursi, aunque para cursilería la de los franceses, “*beau frère*, be-

llo hermano”, ¡seguro que se le debió de ocurrir a Luis XIV en su palacio de Versalles!, acaso en el transcurso de alguna fiesta para divertir a las cortesanas, “*désormais, mesdames et messieurs*, apelaremos al hermano de la esposa bello hermano”, a lo que toda la manada de aduladores y pelotas respondería aplaudiendo entusiasmada, *joh la-lá, oh la-lá, oh la-lá!*

El funcionario le entregó una acreditación en donde constaban los datos del locutorio asignado: sala B, cabina 9. Había, en efecto, dos locutorios distintos, probablemente de las mismas dimensiones, y al entrar en el que le había correspondido, vio ante sí hasta doce cabinas. Patricio buscó la suya y se sentó; al instante se dio cuenta de que la silla estaba clavada al suelo, sin duda para a que nadie se le ocurriera arrojarla sobre el cristal que permitía al visitante ver perfectamente al interno y viceversa. ¿Un cristal a prueba de balas? Quizás, pero aun así habían fijado las patas de las sillas para curarse en salud. Sobre la repisa vio un micrófono y comprobó que estaba funcionando. Los visitantes y los presos mantenían animadas conversaciones entre sí, pues más de uno, desconfiando de que los micrófonos funcionasen bien, se empeñaba en comunicarse a gritos, reforzando con ello la tendencia hispánica a hablar con más decibelios de los aconsejables.

No llevaba esperando ni dos minutos cuando apareció su cuñado. Aunque estaba un poco más delgado que antes de entrar en el “trullo”, Lucas tenía buen aspecto. El pelo corto y la cara cuidadosamente rasurada, en contra de su costumbre de ir con barba de tres días, le daban una apariencia algo más distinguida de lo habitual. Se sentó sonriente y distendido, como si el encuentro entre ambos se estuviese produciendo en un hotel de cuatro estrellas.

—¡Hola, Patricio! No sabes cuánto te agradezco que... ¡Caramba, chico!, ¡vaya cara!, no parece que te alegres mucho de verme.

Patricio se encogió de hombros. Fingir no era lo suyo, sobre todo cuando se hallaba en situaciones poco habituales, y esa era la primera vez que pisaba una cárcel.

—Es que me deprime este sitio —explicó.

Entonces el otro suelta una risotada. ¿Te deprime? ¿De veras? ¡Vaya!, pues más deprimente es para quien tiene que ducharse con el culo pegado a la pared, rezando para que el jabón no se te resbale y caiga al suelo, porque entonces los bujarrones del pabellón aprovecharían la ocasión para ponerte un buen rabo.

Espantado por lo que acababa de oír, Patricio ha abierto desmesuradamente sus ojos, ¿han intentado violarte?!, pero su cuñado, riendo, le pide con las manos que se sosiegue, no, no, es una broma... ¡hombre!, si yo fuese un jovencito de veinte años, rubiales, guapo de cara y lampiño, pues a lo mejor sí, pero ya me ves, bajito, feo, peludo y con cuarenta y cinco mal llevados, no, eso no me ha ocurrido, tranquilo.

—Además, con esto del vis a vis, ya sabes, pues el personal se desahoga y ya hay menos lujurioso por ahí tratando de meterla en cualquier agujero —añadió—. Hace diez días, sin ir más lejos, hace diez días vino mi secretaria y estuvimos los dos juntitos en una sesión de esas, mi secretaria... ya sabes... y... ¡joye!, estupidamente, en esta cárcel cuidan los detalles, sábanas limpias y colchón blandito y todo, así que, ¡qué te voy a contar!, dos polvetes seguidos, ¡joye!, una heroicidad para mí a estas alturas...

Arrepentido de haberse dejado convencer por un botarate como Lucas para venir a visitarlo a la cárcel, Patricio se levanta sin disimular su enfado.

—Mira, cuñado, ya sé que de un golfo como tú se puede esperar cualquier cosa, pero si me has llamado para contarme tus proezas amorosas, pues...

Pero Lucas le interrumpe, no, no es eso, Patricio, ¡venga!, no te enfades, oye, perdona, chico, un poco de buen humor, sólo eso, tú no sabes cómo se pasa aquí, la cárcel es muy perra, ni te lo imaginas, o le echas un poquito de buen humor o te vuelves loco, el otro día un fulano trató de matarse cortándose las venas de las muñecas con una cuchilla de afeitar, pero no, no, siéntate, por favor, es otra cosa, otra cosa. Y Patricio accede a sentarse y seguir escuchando al sujeto que tiene ante sí, al que mira con mucha desconfianza.

—Necesito que me hagas un favor —declaró Lucas.

—Si es dinero, ya sabes de sobra la respuesta, cuñadito.

¿Dinero? No, no se trataba de eso. Él tenía... ¡hombre!, no nadaba en la abundancia, pero disponía de lo suficiente, incluso para convidar alguna vez que otra a los presidiarios de su entorno ganándose con ello su gratitud y su confianza, dos cosas imprescindibles cuando se está en chirona, ya se sabe, la ley no escrita de la cárcel y todo eso.

—Es un asunto de trabajo. Cosas relativas a mi profesión, vaya. A dos clientes míos, hermano y hermana, les estoy ayudando a resolver un problemilla legal, ¡bah!, cosa de poca importancia, casi nada, los flecos de una herencia un pelín liosa. Del tema de las acciones ya se encarga Gundemaro, pero es que

además necesitan que un experto valore unos cuadros antes de hacer el reparto, y yo, ¡por supuesto!, he pensado en ti. Tú eres un experto, un gran experto en la materia —concluyó con un orgullo de cuñado que parecía sincero.

Aunque Patricio era profesor de Historia del Arte en la Universidad Complutense, a él le daba pudor que lo elogiase de ese modo calificándolo de “gran experto”. Prefería que lo llamasen “conocedor”, sí, conocedor era un término que le gustaba más, aunque él se consideraba tan sólo un eterno estudioso de esa materia inabarcable que era la pintura. Agradecía, no obstante, las palabras de aquel botarate pariente suyo; pero hizo un gesto de desaprobación.

—No puedes ejercer la abogacía, Lucas. Estás suspendido, ¿ya no recuerdas la sentencia?

¡Oh, sí, la sentencia! Un fallo que, por cierto, iba a revisarse en las próximas semanas debido a la aparición de un testigo nuevo. Lucas estaba seguro de que no pasaría mucho tiempo entre rejas y que pronto volvería a ejercer su profesión de letrado más o menos marrullero. Pero es que, además, el caso de la herencia de los dos hermanos no lo llevaba él, sino su bufete, y recalcó esa palabra con afectación de cómico viejo.

—¿Bufete? ¿De qué estás hablando? ¿Te has vuelto loco aquí dentro?

Pero Lucas insistió en que él dirigía un bufete.

—Un momento. ¿Insinúas que esa exprostituta a la que llamas “tu secretaria” y ese bicho raro de Gumersindo forman contigo un verdadero bufete de abogados? —y Patricio no pudo reprimir una risita burlona.

—Se llama Gundemaro, no Gumersindo, y, sí, admito que su aspecto resulta un tanto extraño, no ganaría jamás un concurso de guapos, pero es más inteligente de lo que crees, y es un buen abogado, sí, sí, no pongas esa cara, abogado con todas las de la ley, y bastante competente, insisto. He puesto mi causa en sus manos.

Esto sí que maravilló a Patricio. En cuanto a Vanesa, siguió el recluso, la prostitución es una desgracia, no una deshonra. Lucas la había quitado de la calle para emplearla en su despacho con la función de responder llamadas y atender a los clientes. Desde entonces la chica ya no tenía que acostarse con nadie para poder comer.

—Pues contigo sí se acuesta, pero claro, el jefe es el jefe —el historiador sentía contra Lucas un sordo resentimiento y no desaprovechaba la ocasión de pincharlo.

Esta vez fue el abogado tramposo quien se sintió molesto por las palabras del otro.

—Se ha acostado conmigo porque le ha dado la gana, ¿estamos? Porque le ha salido del mismísimo... —luego, moderando la voz y suavizando su tono— Esa mujer me tiene aprecio. ¿Enamorada de mí? No sé, no creo, pero me aprecia. Lo que sí puedo decirte es que Vanesa es leal, muy leal. Y te aseguro, cuñado, que en los tiempos que corren la lealtad vale más que el amor.

Sin embargo Patricio seguía sin ver claro el asunto, que le ofrecía varios interrogantes. ¿Y por qué tendría él que ayudar a alguien como Lucas Belmar por muy cuñado suyo que fuese?

—Se te pagará, Patricio, se te pagará, de eso no te preocupes. Y el trabajito es fácil, ¡eh!, muy fácil para alguien como tú, porque aunque te haya hablado antes de cuadros, así en plural, en realidad es sólo uno, a lo mejor alguno más, pero es un cuadro en concreto el que por lo visto plantea problemas.

Pero al profesor, siempre susceptible en todo lo que concernía a Lucas Belmar, le asaltó la sospecha de que el cuadro fuese robado. ¿Un robo? ¿Era eso? ¿Quería involucrarlo en un acto ilegal? ¿Era otra de sus mierdas? Al oír estas preguntas, que eran en realidad acusaciones, se endureció el rostro del abogado, e incluso llegó a temblarle la barbilla.

—¿Pero cómo puedes pensar eso de mí? ¡Lo último que esperaba oír!, ¿pero qué concepto...? ¿Crees que yo te metería en un asunto de robos y choricéo? ¿Crees que me gustaría verte a ti en el trullo como estoy ahora yo? ¡Eh!, mírame a la cara, mírame y responde.

Su enojo parecía sincero. Patricio lo miró durante un minuto, un minuto tan corto pero a la vez tan monstruosamente largo como suelen ser sesenta segundos en esas ocasiones; un minuto en el que el otro le mantuvo la mirada sin pestañear. Curiosamente, Lucas parecía sincero.

—Júrame que no hay nada ilegal.

—Lo juro. Lo juro por Dios... no, no, mejor, lo juro por mi hermana muerta.

Fue un dolor agudo en el estómago lo que le hizo gemir, un retortijón que casi le hizo doblarse.

—No vuelvas a mezclar a Elena con tus asuntos. Ni la menciones delante de mí. ¡Nunca! No tienes derecho a hablar de ella. Tú no —dijo con dolor y rabia a la vez, con una rabia que mordía las palabras y rechinaba entre los dientes.

Lucas asintió con tristeza. Sí, no debió mencionar a su hermana, pero....



—Tú me odias porque me culpas de su muerte, pero te aseguro que yo me he odiado mucho más. Sin embargo debes reconocer que no fui yo quien conducía el coche, ni creé esa niebla, ni provoqué el despiste del camionero, ni atravesé el remolque en la carretera, ni la animé a que pisara el acelerador más de lo debido... Yo fui absolutamente responsable de su muerte, aunque hubo muchas circunstancias en ese accidente de las que soy absolutamente inocente.

¿Por qué se decidió a ayudarlo? ¿Por qué decidió participar en esa historia? Hubiese bastado un sencillo movimiento... levantarse, darle la espalda sin decir ni una palabra y marcharse de allí. Pero aceptó ayudar a Lucas, y lo hizo porque durante una fracción de segundo vio en los ojos de aquel hombre un brillo idéntico al de Elena cuando defendía sus opiniones, se le encendían los ojos así, una luz extraña, reflejo de un apasionamiento que jamás era fanático, aunque sí vehemente, mucho. Los dos hermanos, lo constató en ese momento, tenían ese mismo extraño brillo en sus ojos.

—Está bien, tú ganas. Venga, sí, acepto. ¿Qué tengo que hacer?

Debía esperar la llamada de Gundemaro o de Vanesa. En los próximos días uno de los dos se pondría en contacto con él para fijar fecha y hora.

—Y... se te pagará, hombre. Por supuesto. No te preocupes —y Lucas sonrió.

Pero no era el dinero, precisamente, lo que le había movido a aceptar ese encargo.

Y para que el historiador no se echara atrás, Lucas, que no carecía precisamente de labia, explicó por qué era él, precisamente él, quien mejor podía verificar el valor de las pinturas propiedad de la familia Andrade-Giovannelli.

Al regresar a Madrid, la sensación de malestar que Patricio había experimentado en la cárcel mientras conversaba con su cuñado, lejos de atenuarse, se intensificó. Estaba muy enfadado consigo mismo. Lucas había jugado con él desde el principio, estaba convencido, lo había ido atrapando en su red desde el mismo instante en que, al descolgar al auricular, oyó su voz al otro lado del hilo telefónico. Ese picapleitos embrollón lo había llevado a su terreno, en donde él, Patricio Almela, se hallaba tan indefenso como en un islote desértico un naufrago poco hábil (nada que ver con el gran Crusoe) o como el niño de cuatro años que, por soltarse de la mano de sus padres, se ha perdido en medio de una inmensa multitud.

Hubo de frenar bruscamente para no chocar contra la ranchera parada ante él. Comenzaba la aglomeración de Madrid y con ella aparecían los primeros semáforos y también las primeras retenciones. “Vamos, vamos, Patricio”, se dijo, “es sólo un trabajo, y, después de todo, ahora que estás de baja no tienes otra cosa mejor que hacer, ¿verdad?, esto contribuirá a romper un poco la rutina, la monotonía de hacer siempre lo mismo, tomar en el desayuno y la cena esas pastillas que te dan acidez de estómago y encima no siempre son eficaces, ver pasar los días, todos iguales, desvelarte de noche, pensar, pensar, recordarla, preguntarte las veinticuatro horas del día por qué ocurrió ese maldito accidente y por qué le tocó a ella, tratar de buscar un miligramo de lógica a un mundo sin sentido”. De estar viva, quizás la misma Elena le hubiese pedido a su esposo el favor en nombre de ese hermano suyo, abogado liante y tarambana, al que sin embargo ella quería entrañablemente. Porque Elena quería a todo el mundo, era incapaz de odiar, ni siquiera de guardar el más mínimo rencor. “Eres demasiado buena”, le decía él a menudo, “de buena pasas a tonta”, a lo que ella solía encogerse de hombros, “¿sí?, pues, ¡qué le vamos a hacer”!, respondía invariablemente, e incluso cuando la pareja discutía (en contadas ocasiones, hay que decirlo), Elena siempre era la que primero iniciaba la maniobra de reconciliación con alguna broma de las suyas, “tú, rostro pálido, ¿no querer fumar pipa de la paz?”. Elena era adorable, adorable. Y él la había perdido.

Ya en casa, tomó en sus manos uno de los muchos retratos de ella y la observó detenidamente. Feliz, despreocupada, llena de vida... Así mostraba la foto a Elena, así aparecía en todas las fotos. Pero esa imagen se desvanecía en cuanto él cerraba los ojos o si apartaba la vista tan sólo un segundo; entonces era el rostro de Elena muerta el que ocupaba su mente, manchaba las retinas de sus ojos, se hincaba hasta el fondo mismo del alma como una flecha disparada con certera e implacable puntería. Era un rostro en blanco y negro, en la sala de un depósito de cadáveres también en blanco y negro. Unas facciones acartonadas y grisáceas, como los grises de esa película carcelaria, como si Elena Belmar hubiese ingresado en una cárcel atroz e inmensa, una galería de perpetuas de la que nadie ha conseguido fugarse jamás. Y la nariz, afilada hasta lo inverosímil. Y los labios, quizás amoratados, pero que él recordaba en gris oscuro, en blanco, en negro, sumida su memoria en un daltonismo insoportable. Si al menos hubiese podido llorar... Pero no pudo hacerlo, no lo hizo. Lloró por dentro, gritó, se desplomó... Pero ni una sola lágrima acudió a sus ojos. Ni una sola.